

## CASI UN CUENTO

Pedro Manuel sentíase incómodo en el pueblo.

Se creía tan superior al ambiente, que todo le parecía pequeño para él: encontrábase obligado a ajustarse a una medida que no era la suya. „

Tenía lo que se dice "letras". Había hecho el bachillerato. Heredero de una fortunilla, había pasado un par de inviernos en la capital de la provincia, hacía de ésto ya más de diez años. Había estado seis días en Barcelona, cuando la Exposición, y había hecho un gran viaje a Roma con ocasión de un año santo: cinco días en la Ciudad Eterna, y a la vuelta una semana en París... ¡Cuántas veces hablaba de aquel viaje! Todos sus amigos se lo sabían de memoria.

Y Pedro Manuel se sentía a disgusto en el pueblo; en su diminuta villa pescadora, con puntas y ribetes de estación veraniega.

No es que se aburriese. Al contrario: el tiempo pasaba para él demasiado aprisa. Mas por las noches, al ir a acostarse; por las mañanas siguientes, mientras se afeitaba; o cuando comía solo en su mesa de soltero... recapacitaba y se sentía víctima de los furiosos asaltos de una especie de remordimiento mezclado con inconcretas ambiciones. Culpábase de no hacer cosa útil: en total, cobrar sus rentitas, dormir, chismorrear, comer bien (eso sí: Pedro Manuel mimaba a su paladar como a un hijo único), leer un poco (muy poco), pasear mucho (muchísimo)... Vivía parasitariamente, del trabajo ajeno, y sobre todo del de su padre: capitán de barco fallecido hacía muchos años, y cuya memoria era para Pedro Manuel algo muy vago y muy poco expresivo... Y a él le habría gustado ser algo, serlo por sus propias fuerzas. Pero ser ¿qué? No lo sabía.

Además, sus rentas, no muy grandes, hacíanse cada vez menores proporcionalmente al costo creciente de la vida, y preveía que aquéllo no podría durar ya mucho tiempo...

Junto a esta inquietud, la conciencia de su propio valer obligábele a menospreciar al mundo que lo rodeaba, compensando así el desprecio que hacia sí mismo sentía cuando comparaba la vida laboriosa y fecunda de las gentes del pueblo, con la que él llevaba: perezosa y estéril. Sí: él valía mucho más que todos aquellos marineros, carpinteros, comerciantuchos e industriales de tercer orden; más que los guardias civiles y que los carabineros, más que el alcalde, que el médico, que el boticario y que los curas...

Veamos. No es que Pedro Manuel creyera valer tanto por sí mismo; pero no podía menos de reconocer que había recibido una educación esmerada, y a ella atribuía su superioridad. Si los otros hubiesen nacido, como él, en el seno de una familia celosa de su prestigio y puntual observante de las conveniencias sociales, si hubiesen viajado como él, estudiado y leído como él, valdrían sin duda tanto como él—afirmábase Pedro Manuel sinceramente—; pero era el hecho que nadie podía, en el pueblo, comparársele. Ningún convecino suyo había estado en París y en Roma con la “Kodak” en una mano y el “Baedeker” en la otra; a ninguno se le ocurría, como a él, conectar la radio para oír un acto entero—¡un acto entero y verdadero, sí, señor: aunque parezca mentira!—de “Aida”, de “Lohengrin” o de “Lucía de Lammermoor”; y ninguno tenía una biblioteca como la suya—que, incluidos los libros de matemáticas y de náutica que le había dejado su padre, y los textos del bachillerato que todavía conservaba, sumaba casi trescientos tomos—. Su biblioteca era única en la pequeña villa: era una verdadera institución local que ayudaba para resolver apuestas de casino, de la que hablaban orgullosos varios vecinos y que hasta había sido motivo de pequeños escándalos por sí contenía o no libros prohibidos: cosa que jamás logró ponerse en claro.

Pero Pedro Manuel no sólo había formado una biblioteca: había leído bastantes volúmenes, y ello tenía su importancia. Todos los “Episodios Nacionales”, de Galdós, muchas cosas de Pereda, de Valera, de Pío Baroja y de Ricardo León, algunas de Valle-Inclán y de Benavente; y “Amaya”, su novela favorita. Había empezado el “Quijote” y leído hasta casi la mitad de la primera parte del “Fausto”, del que poseía una bella edición castellana adornada con muchas y hermosas ilustraciones... Incluso, un buen día, compró un ejemplar de la Biblia con intención de leérselo todo entero, aunque su propósito se quebró en el sexto capítulo del Génesis... De tiempo en

tiempo releía parcialmente sus textos de bachillerato, primorosamente conservados, y en especial la "Fisiología" y la "Historia Natural". Todas estas lecturas le daban un barniz, del que carecían sus convecinos.

Dos ambiciones tenía Pedro Manuel: casarse y residir en la ciudad.

Necesitaba una mujer en su hogar demasiado vacío desde la muerte de su madre, ocurrida diez años atrás. El tiempo transcurrido desde entonces, en lugar de ir acostumbrándolo a la soledad, habíalo convertido en enemigo cada vez más encarnizado de la falta de compañía. Acabó por echar a su celibato la culpa del progresivo anquilosamiento espiritual, de que se sentía invadido; en un pueblo, resulta mil veces más provechoso para el alma y para el cuerpo el permanecer en casa gozando tranquilamente de sabrosa conversación, que el vagar por las calles, de tasca en tasca o de vecino en vecino, sin saber en qué dar: preguntando las mismas cosas y recibiendo las mismas respuestas de todos los días anteriores y de todos los siguientes; o que el estarse chismorreando o jugando a las cartas en el viejo y mugriento casino... Mas ¿quién era capaz de permanecer en aquella casa solitaria, sin más calor que el de la cocina y sin más compañía que las de la vieja criada y el gato?

Necesitaba, pues, casarse. Pero ¿con quién? A él le hacía falta una mujer entretenida, amable, de cierta altura espiritual... Y semejante especie de hembra, no era posible hallarla entre las menestras ni entre las insoportables señoritingas del pueblo, semieducadas y sin un gramo de sal en el caletre. En cuanto a las veraneantes... ¡Bah! Eran unas presuntuosas casquivanas que miraban por encima del hombro a los del pueblo, sin sentido elevado de la existencia, llenas de prejuicios de clase... Para encontrar la mujer que le convenía, Pedro Manuel necesitaba marcharse a vivir a la ciudad. Y aquí estaba el busilis...

Pues bien veía que, pese a todo, nada ni nadie lograría arrancarlo del pueblo. Estaba anclado. Definitivamente anclado. Y lo sabía. De no haberlo sabido, no se le habría pasado por la mente aquella idea de que necesitaba por fuerza trasladarse a la capital. Mientras le fué posible cambiar de residencia, no se le ocurrió que le hacía falta vivir fuera del pueblo. Los dos inviernos pasados en la capital no le habían dado el gusto por la vida urbana. Sólo más tarde, cuando ya su libertad de movimientos estaba casi anulada por la carestía de la existencia, comenzó a fortalecerse en su mente la idea de que el cambio de residencia le era imprescindible.

Para Pedro Manuel, el tardío nacimiento de esta convicción era debido a la inexorable ley que nos impide justipreciar las cosas mientras las tenemos a nuestro alcance; verdaderamente, ¡qué poco partido les había sacado a aquellos dos inviernos en que, "por variar", cuando aún podía permitirse este lujo, habíase instalado en la ciudad! Su existencia allí había sido tan estéril y anodina como su vegetar en el pueblo. Pedro Manuel llegó a adaptar la vida urbana a sus antiguos hábitos, y toda la alteración no pasó de un mero cambio de escenario: el traslado de su comedia, siempre igual, a un tablado diferente. Más jugo le sacaba ahora, por lo inusitada, a una escapadita de tres o cuatro días, que antaño se lo sacara a aquellas dos estancias de tres o cuatro meses.

Terrible angustia la de Pedro Manuel al ver que transcurría el tiempo, y seguía él sin casarse y sin salir de su rincón. Terrible su angustia al darse cuenta de que una inexplicable inercia lo mantenía sujeto allí: sujeto a su casa, a sus costumbres, a sus amistades —que, naturalmente, eran unas costumbres más.

¿Qué era lo que le retenía? Nada, en realidad. Su casa era vieja y muy poco cómoda. Aunque no muy fácil, no le sería imposible venderla o arrendarla a un precio aceptable... Y, sin embargo, no lo hacía. Sus costumbres eran hueras: meros modos de no hacer cosa alguna: paseos a la izquierda de graves personajes locales que sólo hablaban de sus particulares negocios o de ajenas intimidades, como si el campo del interés público se redujera a los asuntos privados; comidas gargantuescas en compañía de alegres glotones, o sin otra compañía que su propia gula y su propio aburrimiento; visitas sin más resultado que enterarse de lo que no le importaba ni tenía por qué importarle, y que se le olvidaba apenas lo aprendía; veladas estructuradas sobre un armazón de tragos innumerables, con relleno de intermedios silenciosos o insulsos: política mundial vista desde el pueblo, política del pueblo vista desde la taberna... De cuando en vez, una borrachera; más frecuentemente, en días lluviosos, una partida de cartas —mus o tresillo— con diferencias hasta de cinco duros... Vivía así distraído, sin darse cuenta de que iba viviendo, hasta que, un día, poníase a pensar en sus hábitos y renegaba de ellos. Y dábase cuenta de que, esforzándose, lograría cambiarlos; pero no se sentía con ánimo bastante para hacer el esfuerzo. Sus amigos eran los que no podían menos de serlo: la elección resulta, en lo que a esto respecta, muy difícil en los pueblos, por no decir que resulta imposible: un amigo le nace allí a uno tan inexorablemente como un bigote: tiene que ser, precisamente, aquél, y no otro; por la sencilla razón de que no hay otro... Desde pequeño

se les toma costumbre a determinadas personas, y con ellas se vive, a falta de gentes más al gusto de uno. La intimidad es mayor o menor; pero siempre existe, y no puede ser evitada más que a costa de un verdadero suicidio social. Vivir en un pueblo es como vivir entre paredes de vidrio; todos saben lo que haces, lo que dices, lo que piensas... Mejor dicho: todos cuentan cómo haces esto, y dices lo otro, y piensas lo de más allá, y preferible es tenerlos bien al corriente, y que digan la verdad, que no que anden diciendo por ahí sabe Dios qué cosas. Por eso Pedro Manuel sentíase desplazado entre sus amistades. Y, aunque le era posible, ya que no romper con ellas, enfriar al menos algunas relaciones, aflojar determinados lazos y reducir el círculo de sus íntimos, no lo hacía...

Nada hacía, de cuanto pensaba deber hacer. Y dejaba de hacerlo por pereza: por una pereza a cuyo incremento contribuía su rutinaria vida pueblerina; aquella existencia mezquina, a la que no renunciaba asimismo, por pereza...

Si él tuviese una carrera, podría marchar a la ciudad a ejercerla. Pero, cuando le llegó la edad de los estudios universitarios, su madre habíase opuesto a sus propósitos de hacerse médico. La buena señora, recién viuda, no consentía en separarse de su único hijo ni se sentía con fuerzas bastantes para acompañarlo a una población donde Pedro Manuel pudiera cursar medicina. En vista de ello, el muchacho tuvo que renunciar momentáneamente a la realización de sus no muy firmes deseos. Años más tarde, al morir su madre, ni se acordaba ya de su antigua vocación, aunque seguía releyendo de vez en cuando con deleite su viejo texto de fisiología. Luego, todos le decían: "¿Para qué vas a estudiar carrera? ¿No te basta con tus rentas? ¡Quién fuera tú, para sentirse libre de preocupaciones acerca del modo de ganar la vida! ¿Qué más quieres? ¡Dichoso tú!". Y Pedro Manuel, que llegó a creerse dichoso durante algún tiempo, no pensó más en trabajar.

Pero era el caso que, sin saber él bien por qué, la gente le miraba como a un ser especial. Su vida de cada día no podía ser más vulgar y monótona, y a su juicio en nada se salía de lo corriente. Sus días, como los de todos sus convecinos, eran iguales que el anterior y que el siguiente. Sus discusiones, tan vacías como las de todos sus conocidos: ninguna importancia tenía decir hoy una cosa, y mañana la contraria, ya que la cuestión era pasar el rato; baños de mar en verano, partidas de cartas en invierno, paseos, copiosas libaciones peregrinando de tasca en tasca... Todo ello dentro de lo que la mayoría de la gente acostumbraba hacer. Y sin embargo... Para la mayoría de la gente, Pedro Manuel era un ser aparte, un

“raro” de quien se sabían cosas extrañas. Una vez fué aquello de si tenía o si dejaba de tener libros prohibidos en su biblioteca. Otra vez, que lo habían visto salir a los muelles en las noches despejadas del verano y pasarse allí las horas identificando estrellas con ayuda de los mapas celestes que ilustraban los libros de su padre. Constaba también su amor a las flores, de las que diariamente adquiriría las más hermosas que hallaba, decorando luego con ellas su casa. Constaba igualmente que, alguna vez, había dicho (¡cosa increíble!) que con gusto se cambiaría por el más humilde pescador. Con estos hilos sueltos fué tejiéndose en torno de él una leyenda de extravagante, de “raro”. Y, en ocasiones, sus amigos más íntimos habían llegado a informarle, en son de alarma y prevención, de este juicio que la *vox populi* formulaba a su respecto.

Pedro Manuel, a quien habría halagado que le hubiesen dicho: “Si haces tal cosa, van a llamarte raro y extravagante”, sintióse culpable y abrumado de remordimientos cuando le dijeron: “Te llaman raro y extravagante”. Y hacía lo posible por desmentir semejante opinión. Aunque a menudo se decía: “¿A mí, qué? ¡Yo soy el que soy!”: no quedaba por ello tranquilo, Y procuraba hacer ver que su interés por las estrellas, su gusto por las flores, su amor a los libros y su añoranza de una vida laboriosa y sufrida, eran cosas perfectamente normales y concebibles en los más corrientes y molientes de sus convecinos. Pero su empeño resultaba vano. En el pueblo, el “raro” era él; y la opinión popular sobre este punto, parecía cada vez más arraigada.

Pedro Manuel pensaba que, viviendo en la ciudad, su reputación sería, probablemente, muy otra. En una gran población el individuo es libre de moverse por donde le plazca y de decir cuanto desee, sin temor a la crítica universal; por lo menos, Pedro Manuel así lo creía firmemente. En la ciudad podría él... ¿qué no podría él en la ciudad? ¡Ah, la ciudad...!

Pero sus sueños de vida urbana eran terriblemente inconcretos. A fuerza de añorarla sin concebirla, Pedro Manuel había idealizado la existencia ciudadana, despojándola de todo sentido material, complejo, real. La “capital” de su ensueño, aunque existía y estaba allí, a una cuarentena de kilómetros, y aunque él la había habitado en dos inviernos, y la visitaba cada año dos o tres veces, era algo cada vez más etéreo, más volátil: una abstracción que constantemente lo llamaba hacia sí, escapándosele cada vez que él se ponía a examinarla para ver bien en qué consistía. Su idea era simple en extremo: carecía de elementos componentes, no había manera de hacer su disección, de practicarle la autopsia. Más o menos re-

signadamente, Pedro Manuel había llegado a darse cuenta de ello, y por eso absteníase cada vez más de intentar lo irrealizable: contentábase con la abstracción pura y simple: purísima y simplicísima: encantadora en su verdad incontestable e improbable. Y lejana, ¡ay!, irremediabilmente lejana.

Y, de puro lejana, de puro improbable e incontestable, su abstracción había acabado por hacerse indestructible. Sí, en sus ensueños pueblerinos, Pedro Manuel hallábase cada día más seguro de que cien mil desengaños en cien mil ciudades reales y concretas no lograrían ya matar, ni siquiera mermar en lo más mínimo, el encanto sin par de la ciudad que reinaba en su alma como Dulcinea en la del Manchego: ideal, resplandeciente, indemne entre las pedradas que magullan carnes y quiebran cristales, e impoluta en medio de las salpicaduras de un triste lodo palpable.

